

El misterio de la tercera cueva

Per Olov Enquist

Ilustraciones de
Katarina Strömgård

Traducción del sueco de
Francisca Jiménez Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

La muerte de Mischa

1

El verano de 2005 murió Mischa. Era una perra de raza laika de Siberia oriental que había enfermado en mayo.

En el cuaderno de bitácora, el gran cuaderno de notas en el que el jefe de la expedición tenía que anotar todo lo sucedido antes y después de los hechos del verano de 2006, la primera anotación que se puede leer es: «24 de julio de 2005. Se acuerda la muerte de Mischa. Salida a las 14.30».

Lo de que «se acuerda» la muerte de Mischa suena raro, lo sé. Pero la historia había empezado y acabado con un entierro, primero el de un perro y después el de una loba. Se había iniciado relatando cómo murió Mischa y había finalizado con el entierro de mamá loba debajo del manzano.

Pero no es tan triste como parece.

Además, el abuelo había dejado de fumar. Se había pasado todo el verano quejándose de lo mucho que le apetecía fumar y lo vacía que le parecía la vida. A todos les resultaba muy molesto. Esto es solo un paréntesis. Lo que está claro es que lo sucedido tres años atrás en la

Montaña de las Tres Cuevas no había dejado tranquilos a los niños en absoluto.

Todos querían volver.

Tres años después de que Marcus y sus hermanas salvaran al cachorro de lobo, tres años después de que Cecilia, con su perra Mischa, bajara la Montaña de las Tres Cuevas «en un largo y peligroso viaje» (esa era la expresión que usaban siempre cuando lo recordaban juntos) y salvara al abuelo, que se había roto la pierna debido a su enorme torpeza, tres años después de todo eso, los chicos volvieron a Söderås, la casa que tenían en la zona occidental de Värmland, la que estaba al pie de la montaña.

Todos los nietos querían volver allí. Estaban muy preocupados por la loba y por su cachorro, se preguntaban qué habría sido de ellos. ¿Dónde estaría el oso que vivía en la tercera cueva? Un hombre que habló con Marcus le dijo que tuvieran cuidado con los alemanes que cazaban lobos. Pero aunque parezca raro, el abuelo tenía ganas de ir y al mismo tiempo los paraba.

–No va a ser tan divertido como la vez anterior –dijo.

–No quiero que sea divertido –contestó Marcus–. Quiero saber cómo está mi oso.

–¡Tú no tienes ningún oso! –dijo Gabriel, que por entonces era demasiado pequeño para acompañarlos, así que Marcus no contestó, no era necesario.

–¡Y yo quiero volver a ver al cachorro de lobo que durmió conmigo en mi cama! –dijo Mina.

–¿A qué le tienes miedo, abuelo? –preguntó Marcus.

No recibió respuesta. Habían operado al abuelo del corazón la primavera de 2004 y a veces estaba muy pálido.

–Volvamos otra vez –dijo Mina.

–No se puede volver a hacer algo así –dijo el abuelo–. Además, tengo muchas ganas de fumar.

–¡Mucho hablar y poco hacer! ¡Volvamos! –dijo Guni-lla, que estaba casada con el abuelo y era la que tomaba las decisiones.

Así que emprendieron el viaje. La casa se llamaba Söderås. Habían cambiado muchas cosas. Mischa, la laika siberiana, había muerto.

2

Mischa murió el 24 de julio de 2005 en una clínica veterinaria de Estocolmo, con el consentimiento del abuelo y de Marcus.

¿Se puede empezar así? «Consentimiento» suena fatal.

Nadie pensaba que Mischa fuera tan débil, pero tal vez los niños también deberían haber comprendido que era eso lo que tenía que ocurrir al final. Mischa tenía ya diecisiete años. El abuelo les explicó que se suelen contar así: cada año de un perro equivale a siete de los de una persona. Lo que significa que Mischa, en realidad, si se contaban sus años como los de una persona, tenía ciento diecinueve.

Siete por diecisiete.

Y lo cierto es que enseguida te dabas cuenta de que Mischa estaba ya muy vieja.

Cuando en una ocasión guio y ayudó a Cissi a bajar la montaña, a pesar de las «terribles condiciones climáticas y de que las rocas estaban resbaladizas por la lluvia» –como luego se relataría en el libro *La Montaña de las Tres Cuevas*–, nadie pensó que era vieja. Pero luego las patas se le quedaron rígidas y apenas veía. Ya se sabe que los perros viejos pueden quedarse ciegos, pero lo que le sucedió a Mischa nos sorprendió un poco.

Marcus fue el primero en darse cuenta.

Le preguntó al abuelo si a Mischa le ocurría algo, pues se movía de un modo raro, como si no viera. El abuelo le dijo que los perros que tienen más de cien años de los de las personas suelen quedarse ciegos.

–Abuelo –dijo Marcus– y tú ¿qué edad tienes?

El abuelo dijo que setenta y cinco años. Y entonces, Marcus, que tenía nueve años y facilidad para el cálculo, le preguntó al abuelo cuántos años tendría él si fuera un perro, y el abuelo le contestó que no lo sabía porque él no era un perro. Pero Marcus hizo el cálculo en silencio y le dijo:

–¡Si fueras un perro tendrías algo más de diez años! Así que te faltan siete años de perro para quedarte ciego.

–¡Yo no soy un perro! –repitió el abuelo con una voz que no era de enfado, sino más bien la de un viejo maestro de escuela. A veces le salía ese tono irritado, debido a que su madre había sido maestra en un pequeño pueblo del bosque en la región de Norrland. Ella hablaba de forma «clara y didáctica». Y el abuelo también. Como si todos los que lo escuchaban «tuvieran necesidad de aprender». En cualquier caso, lo que le respondió a Marcus fue–: ¡Yo no soy un perro! ¡Tengo vista de lince!

–Sí, pero con setenta y cinco años humanos debes estar ya medio ciego –insistió Marcus.

Entonces el abuelo sacó un periódico, se lo puso a un metro de distancia y leyó:

–¡Zlatan metió un *hat trick*!

Con lo que, naturalmente, no demostró nada.

Pero lo de Mischa era preocupante.

Marcus fue el primero en descubrirlo. Ocurrió cuando la pobre perra empezó a «darse cabezazos contra la pared». Caminaba tambaleándose y a paso de tortuga,

como a cuatro kilómetros por semana, decía Marcus, y de repente ¡paf!, chocaba contra la pared y se detenía, como si estuviera muy confusa. Luego se daba la vuelta, lentamente, y proseguía su camino hasta llegar a la pared siguiente y de nuevo ¡paf!, la cabeza contra la pared. Después de haberse dado unos cuantos golpes se quedaba ahí, sin moverse, completamente desconcertada.

Después sería peor aún.

Era como si las patas ya no la sostuvieran. Cuando se despertaba por la mañana y Marcus, o Mina, o Malva, o Moa, o Cissi, le llevaban la comida, apenas podía levantarse. Se quedaba tumbada, con aspecto melancólico. Luego se ponía de pie con dificultad y sacudía todo el cuerpo. Se notaba que le dolía.

Y de nada servía que Marcus se sentara a su lado y la acariciara.

–No se encuentra bien –decía el abuelo–. Es algo que no se puede negar. Es demasiado vieja. Primero te haces viejo, luego *demasiado* viejo. ¿Entiendes?

–¿Y entonces qué pasa?

–Pues que te estampas contra la pared. Y entonces se acabó.

–¿Y a ti te va a pasar lo mismo?

Pero el abuelo no respondió. Pensaría que no era necesario, o tal vez no sabía qué decir. Pero el verano de 2005 todos los nietos del abuelo empezaron a entender que Mischa no tardaría en morir.

En el cuaderno de bitácora no hay casi nada anotado. Es difícil escribir sobre ciertas cosas, especialmente en un cuaderno de bitácora.

–¿Quién quiere acompañarme al veterinario? –preguntó el abuelo–. Sé que es duro, pero quiero que venga alguno de vosotros.

En la habitación se hizo un silencio absoluto, los niños

se sentaron en el suelo formando un círculo y Moa se echó a llorar, pero los demás intentaron controlarse.

–¿Quién me acompaña? –dijo otra vez el abuelo, y Cissi miró al techo y le hubiera gustado hacer lo mismo que Moa, pero Cissi era ya mayor para llorar y tenía un novio pelirrojo.

–¿Quién quiere venir? –insistió el abuelo–. ¿Cissi? No. ¿Moa? ¿Mina? No. ¿Gabriel? No, solo tienes siete años; eres muy pequeño aún.

Los niños se quedaron en silencio.

–¿Marcus? ¿Me acompañarás a que le pongan a Mischa la última inyección? ¿Al veterinario? ¿Estás dispuesto?

–Te acompañaré, abuelo –dijo Marcus–. Si Mischa quiere, estoy dispuesto.

–Creo que Mischa quiere –dijo el abuelo.

Y así fue como Marcus estuvo presente en el momento de la muerte de Mischa. Así es como empieza la historia en realidad.

3

La noche anterior a la muerte de Mischa, Marcus no se podía dormir.

Sonó que iba a ver a Mischa, que estaba en la cama de un hospital. Y que Mischa le decía, en sueños, claro, pero por lo visto le habló y le dijo: «Marcus, ayúdame porque me duele tanto el cuerpo que creo que ha llegado la hora de morir».

Sonaba terrible.

«¿Y qué puedo hacer yo?», dijo Marcus en el sueño, «¿qué quieres que haga?». Y entonces Mischa se levantó

de la cama, moviendo la pata como si quisiera enseñarle algo, y le dijo: «¡Eres mi mejor amigo y si te pido que me ayudes, tienes que hacerlo!». Sonó como una orden y, al oírla, Marcus, en sueños, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y le faltaba el aliento. «Sí, pero ¿cómo?», le dijo Marcus, y entonces Mischa le contestó en un tono casi solemne: «¡Lo sabrás cuando llegue el momento! Y cuando yo muera, quiero atravesar volando la montaña hasta salir por el otro lado y luego aterrizar en el valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas».

Eso último le sonó tan raro que Marcus se despertó y no se podía volver a dormir.

«El valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas». Eso del valle azul era muy muy extraño, la verdad. Pero Mischa lo había dicho. Después, se acostó pensando: «Hoy es el día en que el abuelo y yo iremos con Mischa al veterinario».

Oía que Mischa, que estaba tumbada a su lado, se quejaba de dolor. Por eso tenían que ir al veterinario, que era el médico de animales y se iba a encargar de que Mischa se quedara dormida y no sufriera más, según le había dicho el abuelo.

Aunque le había prometido al abuelo que lo acompañaría, Marcus no lo tenía del todo claro, porque no sabía si quería ir. Pero las niñas –Cissi, Mina y Moa– lo único que hacían era quedarse ahí sentadas sollozando, gritando y retorciéndose, así que estaba un poco harto de ellas. Quería demostrarles que al menos él podía comportarse como un hombre.

Aunque la verdad es que tenía bastante miedo. Pero entonces el abuelo lo miró un momento sin decir nada, y luego dijo que le parecía bien, que Mischa seguramente querría tener a su mejor amigo al lado cuando tuviera que marcharse.

–«Al valle azul donde hay arándanos rojos y cascadas» –dijo Marcus, y los demás se quedaron sin comprender nada.

«En algunas situaciones es mejor que no te entiendan que no tener nada que decir», pensó Marcus. «Especialmente en esta».

Así que salieron. Eran algo más de las tres de la tarde. El abuelo tuvo que llevar a Mischa en brazos hasta el coche.

4

Marcus se sentó en el asiento trasero del coche.

Se puso enseguida el cinturón de seguridad, porque solo faltaría que tuviesen un accidente y se hiciese daño, y colocó la cabeza de Mischa en sus rodillas. No hay cinturón de seguridad para perros, pero Marcos la sujetaba y la abrazaba con fuerza por si el coche hacía algún movimiento brusco.

–¡Santo cielo! –dijo el abuelo al final del viaje, aunque no sabía bien a qué se refería. Fue después de que Marcus empezara a hacerle preguntas.



Marcus había ido balbuceando casi todo el tiempo para no tener que pensar adónde iba.

–Sé que tenemos que ayudar a morir a Mischa, pero ¿por qué *tenemos* que hacerlo? –preguntó

–Porque Mischa está ciega y casi no puede andar, y debemos procurar que su partida sea apacible –dijo el abuelo.

Marcus preguntó qué significaba *apacible*, si quería decir que no le iba a doler. Luego estuvo pensando un rato un rato y le preguntó a su abuelo si siempre había que hacerlo así cuando eres viejo y te quedas ciego e inválido.

Y el abuelo le dijo que sí. O al menos en ese caso, en el de Mischa, ya que se estaba muriendo y nosotros la queríamos mucho.

–¿Tiene que hacerse siempre así? –preguntó Marcus–. ¿Con las personas también?

–Es una pregunta difícil –dijo el abuelo, y añadió que en cualquier caso era correcto hacerlo con Mischa, ya que nos había ayudado mucho y todos la queríamos.

–Pero... –dijo Marcus–. ¡Y tú, abuelo, por ejemplo! Si te quedaras medio ciego y más cojo de lo que ya estás a veces, ¿tendríamos que ayudarte a morir también?

–¡Pero yo soy *una persona!* –dijo el abuelo levantando la voz–, y además ¿a qué te refieres con lo de cojo?

–Pues eso, que andas medio cojeando, con la pierna rígida.

–¡Pero bueno! –dijo el abuelo casi a gritos–, eso fue después de que me rompiera la pierna al subir la montaña en nuestra primera expedición. ¡Cuando subí a rescataros! No es lo mismo, ¿verdad?

–¿Cómo? –dijo Marcus–. ¿Que nos rescataste? Pero si fuimos nosotros los que...

–¡Yo no estoy ciego ni paralítico! –dijo el abuelo enfadado.

–No, claro, pero tienes setenta y cinco años y si los multiplicas por siete, resulta que en edad perruna tienes quinientos veinticinco años y eso es...

–¡No lo calculas bien! –interrumpió el abuelo en tono decidido–. ¡Tienes que contar al revés! ¡Y yo no soy un perro! Hay cierta diferencia.

–¿A qué te refieres? –preguntó Marcus con obstinación.

–¡Es distinto! –contestó refunfuñando, o tal vez fue un gruñido.

Pero entonces Marcus volvió a preguntar si se hacía lo mismo con las personas, especialmente con el abuelo. Porque era bastante viejo.

–¡Bueno, ya está bien! –dijo el abuelo un par de veces.

Se le veía bastante enfadado, pero debía ser que estaba triste porque Mischa no tardaría en morir. Y entonces Marcus, al ver que el abuelo ya no estaba tan contento y bromista como de costumbre, le dijo:

–Aunque nosotros te queremos y tú también nos has ayudado mucho. Igual que Mischa. Pero cuando te quedas ciego y cojo del todo, por ejemplo, ¿tendremos que llevarte también al veterinario?

–¡Yo no estoy cojo! –dijo el abuelo.

Entonces, Marcus dijo como explicación:

–Gunilla comentó ayer que a veces cojeas bastante.

Y fue precisamente entonces cuando el abuelo gritó: «¡Santo cielo!», pero justo en ese momento llegaron a la puerta de la clínica veterinaria.

Entraron. El abuelo llevaba a Mischa en brazos. Andaba muy deprisa, pero Marcus fingió no darse cuenta y, aunque le parecía bastante gracioso, lo dejó ir sin darle importancia.

–Pesa más de treinta kilos –dijo el abuelo.

Aunque no valiese la pena decirlo.